LA ESPAÑA

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes

CADA NÚMERO LLEVA, POR SEPARADO, UNA PIEZA DE MÚSICA.

Año II.

Madrid, 7 de Abril de 1887.

Núm. 17.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid, un mes.....	1,50 pesetas.
Idem, trimestre.....	4 »
Provincias, trimestre.....	5 »
Extranjero, idem.....	6 »

PUNTOS DE SUSCRICIÓN.

Madrid: Administración, calle del Espejo, núms. 9 y 11, pral., y en las principales librerías.
Provincias y extranjero, en casa de los Corresponsales.

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

ADVERTENCIA.

*En esta REVISTA ni se dan bombos,
ni se admiten reclamos.*

SUMARIO.

El Sol de Galilea, José Alegría.—Basilica de San Pedro.—Teatro Real, Flautín.—Teatro de la Princesa, P. Lusa.—Príncipe Alfonso, Flautín.—Teatros.—Variedades.—Correspondencia.—Nota bene.—Anuncios.—Música: *Ofertorio*, por D. V. Lozano.

EL SOL DE GALILEA.

POEMA.

I.

Todo muere en la tierra, todo acaba;
No hay quien detenga de la muerte el paso:
El claro sol cuyo esplendor cegaba,
Sepúltase en la tumba del ocaso;
Muere la sonriente primavera
Que esmaltó de colores la pradera;
Muere el estío con su mies dorada;
Cesa el cantar sublime
Del pardo trovador de la enramada;
La débil rama gime
Bajo el peso del fruto;
Se fué el otoño: cúbrese de luto
La vega, el valle, el monte;
Pero también disípase y termina
Del frío invierno la glacial neblina,

Cuando inunda de luz el horizonte,
En el florido Mayo,
Del sol primaveral el tibio rayo.
Perecen la ilusión y la esperanza;
Y como corre al mar el ancho río
Para encontrar su tumba, el hombre avanza
Hasta caer en el sepulcro frío.
¿Cuánto dura el placer? ¿Cuánto la gloria
Con que llena sus páginas la historia
Al recordar guerreros esforzados,
Sabios en el estudio encanecidos,
Artistas inspirados y aplaudidos?
Un instante no más; plazo mezquino
Que le marcó el destino:
El mundo es un teatro gigantesco;
La humanidad lo llena:
Lo infame y lo sublime,
Lo serio y lo grotesco,
Sale en revuelta confusión á escena,
Y es actor el que goza y el que gime.
Después la humanidad ¡público ingrato!
Con febril arrebato
Hace sonar la trompa de la fama;
Aplaude, grita, aclama:
La ovación es tremenda, sorprendente;
Después... repite un eco en forma vaga
El aplauso; se apaga,
Y aparece otra escena diferente.

Si nada se eterniza;
Si es en la vida transitorio y vano
El orgullo soberbio del tirano,
Y la cárcel de hierro que esclaviza
La libertad del pueblo y su derecho;

Si muere la justicia ante el despecho,
 Y la ignorancia loca y atrevida
 Buscando la verdad cae y desbarra,
 Y del pudor la infamia descreída
 La túnica blanquísima desgarrada;
 Si entronizado vive el egoísmo,
 Y el noble sentimiento
 Es el *invi* perpetuo del cinismo
 Que lo envenena todo con su aliento,
 ¿Por qué buscar en este mundo tema
Digno de la grandeza de un poema?
 ¡Memorias del ayer! ¡Glorias que fueron!
 Melodías suavísimas, remotas,
 Que de la cruz partieron;
 ¡Ecos preñados de divinas notas!
 Prestadle á mi lenguaje poesía:
 Soy el cantor del Hijo de María.

II.

Sobre la superficie de la esfera,
 Grano de tierra que el poder divino
 Lanzara á la carrera,
 Trazándole una elipse por camino,
 Descuella el rey de la naturaleza,
 Creación asombrosa,
 Vivo reflejo de mayor grandeza;
 Y esa obra singular, maravillosa,
 Bullendo en el circuito
 Que los seres recorren en la vida,
 Guarda en su porvenir, siempre escondida,
 Una dulce promesa: el infinito.

El infinito, eterno, inconcebible,
 Fuerza que atrae, idea que enloquece,
 Abarcar su extensión es imposible:
 Si se quiere abarcar, desaparece;
 Y el pensamiento humano fatigado,
 Que apenas si recuerda lo pasado
 Y el porvenir ignora,
 Para hacer llevadera su condena
 Y mitigar su anhelo,
 En aquel infinito forja un cielo,
 Y un poder sobrehumano que lo llena.

Y así brotó la religiosa idea
 En el cerebro humano.
 La raza indo-europea,
 Que inspiró al genio céltico-germano
 Sentimientos de amor y de dulzura,
 Mezcla de gravedad y poesía,

De suave y melancólica ternura,
 Imponer sus creencias no podía:
 Por eso muere en India el brahmanismo,
 Y fracasa el budhismo,
 Y la reforma griega es impotente,
 Y el druída no prospera,
 Y la Persia se inclina,
 Sumisa y reverente,
 Cuando ve aparecer en su frontera
 La intensa luz de la unidad divina.

De la raza semita,
 Enemiga de Siria y sus rituales,
 Formó parte la tribu israelita,
 Cuna de los profetas celestiales.
 Austera y soñadora,
 Elegida por Dios, vió la alborada
 Del sol más puro que brilló en Oriente;
 Y fué por su ceguera condenada
 A errar maldita y á humillar su frente.
 Ella vió al Hijo-Dios, al Nazareno,
 Encanto de María,
 Brotar glorioso de su virgen seno,
 Y acibaró más tarde su agonía.

¡Pueblo de Nazareth! ¡Ciudad divina!
 Encantado jardín de Palestina,
 Que dominan la cumbre del Carmelo
 Y el redondo Tabor; tu hermoso cielo
 Se extiende hasta los llanos de Perea
 Y el valle del Jordán, ¡tierra sagrada!
 Mientras que al Sur se oculta avergonzada,
 Tras de Samaria, la infeliz Judea.

Allí la infancia de Jesús corría:
 El humilde taller de un carpintero
 Dióle albergue y calor mientras crecía;
 Y tornóse el hogar del jornalero
 En cuna regia por eterna gloria.
 Registrad en la historia
 Para buscar ejemplo más sublime:
 El triste paria que sujeto al yugo
 De su desgracia, gime,
 Ya sabe perdonar á su verdugo.
 La palabra divina
 Que sale de los labios del Maestro,
 Parte de Palestina,
 Y á todo el mundo su influencia llega:
 El influjo siniestro
 De la cultura griega,
 No logra amalgamar el judaísmo

Con la creencia helénica, y rodando,
Caen en el abismo,
Con el Essenio asceta,
El escolasticismo fariseo:
Sólo resuena el eco giganteo
De aquella voz del celestial poeta,
Cuyo cantar convida
Al goce inmenso de la eterna vida.

Buscando su *retiro* en el desierto,
Allá en las cercanías
Del sagrado Jordán y del Mar muerto,
El Maestro pasó cuarenta días.
Abandona el desierto de Judea,
Y torna á Galilea.
Del lago Tiberiade en la ribera,
Donde crece el laurel de Alejandría,
La voz que prometía
Ventura y paz, durable y verdadera;
En las almas sencillas
Derramaba consuelo,
Y desde aquellas mágicas orillas,
El ferviente cristiano contemplaba
La gloria eterna en el azul del cielo
Que aquel inmenso lago reflejaba.

Jerusalén impía
No vió que se acercaba
Aquel horrible y venturoso día
Que el profeta auguraba;
¡Día inmortal! de abnegación ejemplo.
Es ya tribuna el pórtico del templo,
Y la voz de Jesús que, poderosa,
El tremendo anatema fulminaba
Contra la vanidad, contra la odiosa,
Cobarde hipocresía
Del sacerdote indigno, retumbaba
En el valle Cedrón, y se extendía,
Dominante y serena,
Inacabable y llena
De vibraciones, para el hombre extrañas,
Llenando los espacios,
Azotando con furia los palacios
Y acariciando amante las cabañas.

Por Annás inspirado,
Caifás el saduceo,
Que mira su poder desprestigiado
Por la nueva doctrina
Del dulce Galileo,
Seduca y amotina

Al feroz populacho, preparando
La cobarde emboscada
Donde cayó la víctima sagrada:
La traición del discípulo comprando,
No pudo precaver necio y menguado
Que la idea cristiana, cada día,
Más vigor cobraría
Viendo á su Redentor crucificado.

En una noche de recuerdos llena,
Acabada la Cena
Que el sacrificio inmenso presagiaba,
Jesús atravesaba
El valle de Cedrón, triste y desierto,
Para orar en el huerto,
Que, del monte Olivete al pie extendido,
Fué del ave divina, último nido
Que le prestó calor, paz y consuelo,
Para morir y remontarse al cielo.

De pronto, gente armada
Invade el huerto, y á Jesús sorprende;
Es la infame brigada
Del saduceo: Judas, que se vende,
Da la señal odiosa
Con que delata al inocente preso;
Escúchase el crugir de infame beso
Que en la mejilla hermosa
Del Redentor sublime,
El cobarde, el traidor, audaz imprime.

Después, el Nazareno maniatado
Por aquella patrulla, es conducido
Ante el gran sacerdote, y ultrajado
Por la mano de un hombre envilecido,
El *sanedrín* pronuncia la sentencia,
¡Que siempre la inocencia
Fué víctima del odio y de la envidia!
Pero jamás la crueldad humana,
La criminal perfidia,
Más implacable fué ni más tirana
Que con aquel hermoso Nazareno,
Que á no haber sido Dios, el mundo lleno
De admiración, en Dios le transformara,
Al contemplarle inmenso en el suplicio,
Y como á Dios humilde le adorara,
¡Porque fué sobrehumano el sacrificio!

Más tarde, ante el pretorio, é instigada
Por aquellos infames fariseos,
La muchedumbre fiera y embriagada

Expone sus deseos
Al cobarde Pilato,
Que ante el loco arrebató
De la furiosa plebe delirante,
Deja á la infamia pasear triunfante,
Su venganza temiendo:
¡Cómplice vil del crimen más horrendo!

¿A dónde vas, verdugo sanguinario;
Pueblo ciego y cruel? ¡Gran Dios! ¡qué miro!
En la elevada cima del Calvario
Lanza Jesús el último suspiro.

Tinieblas, soledad, luto, tristeza:
Inerte yace el Padre de la vida;
La voz salvaje de naturaleza
Protesta ante el infame deicida.
El rudo vendaval que fiero azota
Ante la cruz, al abatir su vuelo,
Trueca el ronco bramar en triste nota,
Que al gemir angustiosa, intensa, fría
Como el mismo dolor, sube hasta el cielo
Unida á los sollozos de María.

III.

Pero una luz asoma:
¿Es el rayo quizás de un sol naçiente
Que inundando el imperio de Occidente,
Dora las torres de la altiva Roma?
No es alborada de la luz febea;
Es otro sol que brilla en Galilea,
El faro salvador de los creyentes
Que emite celestiales resplandores,
Y refleja sus rayos en las frentes
De unos pobres y humildes pescadores.

Esa es la nueva luz que á Roma llega,
El resplandor que el universo baña;
Y aquella turba que adorando ciega
Al bárbaro Nerón, temió la saña
De su poder tiránico, quebrando
La férrea cadena que la oprime,
Y la Cruz abrazando,
¡La Cruz, emblema santo que redime!
Baja á las catacumbas solitarias,
Y en sus hondas entrañas de granito
Hermanan los libertos y los parias.

¡Oh poder infinito!
De aquella Buena Nueva
Que Simón Pedro lleva

A todos los países y lugares;
Tú minas los cimientos seculares
Del colosal imperio,
Y haces rodar en insondable abismo,
Con la maldita herencia de Tiberio,
La torpe idolatría, el paganismo.

Pedro, sér escogido,
Humilde pescador, rudo artesano,
De un rincón escondido
De la olvidada Siria, parte solo,
Y el Evangelio va de polo á polo
Convirtiendo al idólatra en cristiano.
Una iglesia fundando en Antioquía,
A Roma llega, la ciudad impía:
Lucha con el Imperio, lo desquicia,
Predica la verdad, nada le espanta,
Y su cátedra santa
Recoge del martirio la primicia.

El pueblo asalta y llena
Las gradas del redondo coliseo:
Quien abrazó la cruz del Galileo,
¡Bien merece la muerte que le aguarda!
Impaciéntase el pueblo porque tarda
El feroz espectáculo, y vocea;
La gritería crece;
Por fin ruge la fiera, y aparece
En la arena del circo y la olfatea.
Ya el momento llegó: ¡no hay esperanza!
El mártir va á morir; la gente goza;
El bruto hacia la víctima se lanza,
Y entre sus fuertes garras la destroza.

Tres siglos dura aquel sangriento drama:
La sangre que en el circo se derrama
Inunda el Panteón y sus altares,
Y en prueba de castigos ejemplares,
De la turba pagana
El falso Dios vacila y se derrumba,
Y cayendo en un mar de sangre humana,
En él encuentra improvisada tumba.

Llegó la feliz hora;
Y en aquella mansión de muerte y ruina
La Santa Cruz se eleva vencedora:
Todo á su pie se inclina.
La Iglesia avanza más, nada le arredra;
Pedro, que ha sido su primera piedra,
Ya tiene un solio. En vano la herejía
Nubla el sol de la hermosa Alejandría.

La cristiandad aumenta.
 Ante los donatistas se presenta
 El obispo de Hipona:
 Héroe y sabio, escribe y arrebató;
 San Agustín, figura que corona
 El siglo quinto de memoria grata.

La Italia se convierte:
 Vence en Oriente la verdad cristiana;
 Belisario á los vándalos destroza,
 Y en el Africa acaba de esta suerte
 Con la herejía arriana.

España se alborozó;
 Recaredo es cristiano:
 El hereje resiste, pero en vano:
 Entonces, como el soplo formidable
 Del huracán se dobla el alto cedro,
 El bárbaro, indomable
 Abate su cerviz y se arrodilla,
 Y ante la santa cátedra de Pedro
 Caen rota su maza y su cuchilla.

Y persigue la Iglesia su destino,
 Contra más combatida más potente,
 Mientras que en el imperio bizantino,
 El gran cisma de Oriente,
 Gérmén inmundo de asquerosa plaga,
 Derrama su veneno
 Para enconar los bordes de la llaga
 Abierta ya: mas en el siglo oncenó,
 Teatro de espantosa simonía,
 De fe cristiana destructor ariete,
 Para acabar con la cizaña impía
 Surge un genio inmortal: ¡Gregorio siete!
 Y desde aquel momento no atraviesa
 Los escarpados Alpes el germano,
 Que halló en Italia codiciada presa.
 Poderoso el Pontífice romano,
 Nada á su vista perspicaz escapa,
 Y la Germania, que se alzó orgullosa,
 Caen á los pies del Papa
 En la humillante escena de Canossa.

¡Oh víctima sagrada!
 ¡Templo de la verdad, faro divino!
 Tú marcaste el camino
 Al soldado inmortal de la Cruzada;
 Al ermitaño Pedro, á Godofredo,
 Bohemundo y Tancredo,
 Al León de Inglaterra valeroso,

Al esforzado Brena
 Y á Luis *el Santo*, que la Francia llena
 Con su nombre glorioso.

Inútil le fué á Erasmo
 Preparar la reforma de Lutero,
 Derramando la hiel de su sarcasmo:
 De Calvino y Bucero,
 En vano los sofismas
 Pretenden arrastrar: ¡necia tarea!
 La obra del pescador de Galilea
 Se eleva vencedora ante los cismas:
 El templo de Jesús es sobrehumano,
 Y tiembla el luterano
 A orilla de los mares que circuyen
 El Septentrión de Europa: así concluyen
 Los grandes corifeos
 Al contemplar burlados sus deseos.

Vence la fe: vigorizó el cimiento
 De sus instituciones
 El Concilio de Trento,
 Y más tarde tronaron los cañones,
 Llenando al turco de mortal espanto
 Con la victoria augusta de Lepanto.
 Avila, desde la cátedra sagrada,
 Conseguir sabe triunfos colosales,
 Y aparecen las obras inmortales
 De Fray Luis de León y el de Granada.

No importa que proteste el jansenismo,
 Ni que después el neo-platonismo
 Resucite el error de Alejandría:
 ¡Desvaríos de escuela!
 Porque Voltaire escéptico sonría,
 La sangre que se hieló
 No logrará impulsar en un latido;
 Y cuando el cuerpo humano cae herido
 Por la muerte que llega silenciosa,
 Suena una voz fatídica que acusa,
 Y aparece el cruel remordimiento
 Que despertar consigue la conciencia:
 Es la lucha feroz, postrera, muda,
 Que la espantosa sombra de la duda
 Entabla con la luz de la creencia.

Aquel sublime ejemplo
 En donde Cristo su doctrina asienta,
 Resiste y vence al destructor embate.
 Y á la lucha cruenta
 Que el poder trunca y el orgullo abate.

Sus detractores viles y rastreros
 Soñaron con su muerte:
 Fué sueño y nada más; no son certeros
 Los tiros que asestó su necio encono;
 La constancia es su fuerte
 Y está muy alto el trono,
 Que la rosada nube
 Sabe formarle cuando al cielo sube,
 Para rogar á Dios una y mil veces
 Por esos desgraciados
 Verdugos despidados
 Que no nacieron para ser sus jueces.
 ¿Quién sino Dios, de luchas seculares
 Que intentaron minar la obra empezada,
 Sacó ilesa la fe, joya sagrada
 Que esplendorosa brilla en los altares?
 ¿Quién si no es Él? Su influjo poderoso,
 Eterna fuerza que aniquila ó crea,
 Aliento omnipotente y misterioso
 Que dió fuerzas á Pedro en su tarea.

Sobre aquel sacerdote fariseo
 Que transforma el altar en tienda impura
 Y mancha su sagrada vestidura
 Con la baba asquerosa del deseo,
 Está la religión del Nazareno,
 Y un poder que lo arroja de su seno;
 Poder que aniquilara en un instante
 Lo que en otro formó: siempre ¡adelante!
 Grita una voz sublime y redentora,
 Que escucha la razón con embeleso.
 La religión, hermana del progreso:
 Guarde la fe su dogma legendario;
 La honradez encerrada en el santuario
 De la conciencia ¡juez inexorable!
 Resistencia valiente é indomable
 Ante el orgullo necio del tirano;
 Ferviente caridad para el hermano.
 Creer y respetar: si en el vacío
 Vaga perdida la terrestre esfera;
 Si del luciente sol la intensa hoguera
 Llega á extinguirse en la región del frío,
 Para el que dobla humilde su rodilla
 Y eleva su oración pura y sencilla
 Hija del corazón, la luz febea
 Podrá extinguirse; pero en dulce calma,
 Volando hasta su Dios, hallara el alma
 Un sol eterno: el *Sol de Galilea*.

JOSÉ ALEGRÍA.

LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

Roma es la ciudad, históricamente hablando, más importante del mundo, y el más importante monumento la Basílica de San Pedro. En ella han hincado su rodilla los príncipes más poderosos de la tierra: Constantino, Carlomagno, Carlos I de España; en ella han orado las generaciones quince siglos; en ella han empleado á porfía su magnificencia los pontífices, su espléndida generosidad los reyes, su caridad los pueblos, su genio los artistas; y como si al universal tributo de los tiempos modernos quisiera agregar su ofrenda el mundo antiguo, la Roma de los Césares dejó al morir sus mármoles, sus columnas y obeliscos para acrecentar la hermosura de la Roma de los mártires y de los papas. La luz que há siglos arde inextinguible junto á la tumba de San Pedro seguirá iluminando siempre, llevando sus resplandores á través del tiempo hasta los espacios infinitos que caen al otro lado de la eternidad.

Y sin embargo, con ser la Basílica de San Pedro el templo más magnífico de la tierra, no es la admiración artística que en realidad merece, el primer sentimiento que inspira ni el primer efecto que produce en la inteligencia y en el corazón. Los artistas y los críticos divagan perpetuamente alrededor de este fenómeno: todo viajero, al entrar por primera vez en su recinto, se lo figura mayor; los mismos italianos suelen exclamar: *Mi aspetaba assai piu*. Es curioso ciertamente el empeño de explicar por la física un fenómeno que tiene su natural explicación en la estética. Las proporciones gigantescas que no tiene el templo las tiene el viajero, sobre todo si es cristiano en su espíritu. Que no sepa ese viajero que va á ver la iglesia que excede en prerrogativas y en grandeza á todas las iglesias del catolicismo; que no sepa de antemano que aquélla es la santa casa solar

de una familia de 200 millones de almas, cuyo padre amoroso está en los cielos; que no sepa que en aquella bóveda está la piedra mística angular de un edificio que sobrevive á todos los terremotos y á todos los cataclismos; que no sepa que el gran sacerdote de aquel templo es un soberano á quien besan la mano, de rodillas, los emperadores y los reyes; que no sepa que va al santuario augusto, donde se acumulan tesoros de grandiosos recuerdos, cenizas de santos, riquezas y maravillas de las artes, donde caben gentes de todas las naciones y se ora en todas las lenguas; que no sepa, en fin, que va á San Pedro de Roma, y no habrá defecación, ni achicamiento, ni fenómeno. El alma humana es más grande en sus concepciones que todo lo que está sujeto á la ley de la materia. ¡Dichosa y admirable religión, que agranda las esferas de lo majestuoso y de lo bello hasta el punto de presentar como pequeña, al primer golpe de vista, la Basílica inmensa del Vaticano! Desde el año en que el papa San Silvestre consagró solemnemente la patriarcal Basílica del Vaticano, hasta bien entrado el siglo xv, aquel gran templo resistió á los estragos del tiempo, á las vicisitudes y trastornos de la Edad Media, y á los combates y fieras acometidas de que fué objeto en varias ocasiones. Roma aparece siempre como punto culminante de la cristiandad. Un viaje histórico, artístico y monumental por los ámbitos de San Pedro, ofrecería materia para muchos volúmenes.

El corazón y los ojos se apegan con amor y con deleite á todos y á cada uno de los monumentos que la Basílica encierra. ¡Qué asombrosa riqueza! Pasan de 150 las columnas, casi todas de preciosos mármoles, alabastros, granito y pórfido, que sumadas con las de piedra que adornan la fachada y el vestíbulo, forman el total de 772; 23 son los depósitos funerarios, y más de 60 las estatuas metá-

licas en capillas, en altares y en sepulcros, y más de 100 las de mármol que ofrecen, en admirable galería, el cuadro exacto de los progresos de la escultura, desde la *Piedad* de Miguel Angel y la *Justicia* del mausoleo de Paulo III, hasta el sarcófago de Gregorio XVI hecho por Amici; 44 bajo-relieves, la mitad en bronce; 24 cuadros de primer orden en mosaico; los frescos, estucos y adornos dorados de la cúpula grande y de las otras menores; el limpio pavimento de vistosos mármoles, los jaspes variados y exuberante ornamentación de los arcos, de los pilares y de los muros, realzan de tal suerte la magnificencia y hermosura del templo, que con justicia se le considera como el esfuerzo supremo de la inteligencia y de los recursos del hombre para rendir homenaje y culto á la majestad de Dios.

El politeísmo griego no podía imaginar monumento de tanta grandeza. El templo de Esculapio, el de Juno, el de Diana y el de Apolo mismo, tan gallardamente descritos por los poetas de la gentilidad, quedaron á inmensa distancia de lo que el sentimiento cristiano ha sabido realizar. La misma Roma, la Roma de los emperadores, que llevó su grandeza arquitectónica á un punto tal que sus ruinas aún nos asombran, tampoco tuvo un templo que pudiera compararse con San Pedro. El Júpiter Capitolino; el Panteón de Agripa, bello ideal de la universalidad pagana; la Rotonda del campo de Marcio, espléndida morada para el Rey del Olimpo, todos estos monumentales edificios no llegaron, ni con mucho, á la superficie ni á la elevación que encierra la gran Basílica de San Pedro.

Así como la Roma pagana resumió en su vasto seno todas las grandezas del mundo antiguo, así la Roma cristiana encierra, en su gigantesca Basílica, monumentos de todos los pueblos y de todas las edades. Para honrar la tumba de un

pescador de Galilea, el Oriente y el Occidente, las ciencias y las artes, se han convocado á singular concurso, y la ciudad de los reyes, de los cónsules y de los emperadores se ha apresurado á contribuir con los restos magníficos de su opulencia fabulosa. El templo de Salomón y otros de Grecia ceden sus columnas; el Panteón de Agripa cede los bronce de su pórtico; el Júpiter Capitolino suministra los materiales para fundir la estatua del apóstol; el Foro entrega sus mármoles para construir el altar mayor; la escultura pagana da sus estatuas y sus relieves para embellecer la cátedra desde donde irradiaron las luminosas ideas del cristianismo; el Egipto, personificado en el Obelisco, sigue atentamente el rápido progreso que hace el catolicismo desde el tiempo del imperio. Las edades todas han dejado impresa su huella en la colina vaticana; las series del tiempo han venido formando capas históricas que la ciencia reconoce y analiza: cada siglo, cada año, cada día, se ha ido aglomerando una piedra en esta montaña de santidad y de gloria.

Del primer siglo, son testimonio elocuente la tumba de los apóstoles y los fundamentos mismos de la Basílica: los papas, mártires de los dos primeros siglos, duermen al lado de aquella tumba; el genio del siglo iv vive perenne en el subterráneo de la Confesión, en cuyo subterráneo aún no se han apagado las luces que se encendieron por el papa Silvestre; aún no se ha interrumpido la cadena de peregrinos que empezó en aquel entonces y termina en la generación presente, sin miedo á que falte en las sucesivas. La estatua de San Pedro nos recuerda al vencedor de Atila, así como el sepulcro de San Gregorio sintetiza el revuelto y desdichado sétimo siglo.

Aquella losa de pórfido, colocada á la entrada de la Basílica, nos recuerda á Carlomagno de rodillas en el grandioso

templo de Letrán; y así podríamos ir re-
señando día por día, año por año, sin que nos faltaran materiales para escribir un volumen de colosales dimensiones. La Basílica de San Pedro no es la obra de una mano ni de un siglo: es la florecencia simultánea y esplendorosa de todos los gérmenes de vida y de hermosura que el viento de todos los siglos y de todas las regiones ha ido acumulando á las orillas del Tíber. Si nos elevamos á la cúpula principal de San Pedro, disfrutamos de la mejor vista panorámica que puede apetecerse, sintiendo una emoción que no produce otra igual la más renombrada altura que hay en otras ciudades. En Italia mismo hay cúspides y torres que ofrecen puntos de vista verdaderamente admirables; en la misma Roma, el Capitolio y el Palatino, el Janículo el Monte Mario, son balcones que dominan el inmenso y variado panorama de la ciudad, reina del orbe católico; pero las alturas de la Basílica vaticana no son como las alturas de las pirámides de Egipto ó las balaustradas de las gigantescas torres que dominan espacios inmensos y dilatados horizontes.

Frente al monumento de los Estuardos, se abre la puerta que conduce á las regiones altas del templo; una ancha escalera de caracol, de 142 peldaños, que, por lo suave, puede llamarse rampa ó camino, va á terminar en la magnífica plataforma erizada de cúpulas y de habitaciones diversas; á la mitad de la escalera está el nivel del pórtico en que se halla el gran balcón de las bendiciones solemnes; sus muros están llenos de inscripciones con nombres de príncipes, de artistas célebres y de personajes ilustres de todos los países, que han hecho la visita á aquellas memorables alturas. ¡Cuántas grandezas de la tierra han pasado por allí! ¡Cuántos apellidos ilustres, cuánta gloria, cuánto recuerdo y cuánta esperanza! Todo ha desaparecido, todo es ya pol-

vo y sombra, y en tanto, la obra de Miguel Angel preside á todos los monumentos de Roma, y el espíritu que la inspiró resiste á todos los huracanes la vida. En una de las ocho cámaras formadas en los pilares de la cúpula, se guardan, con religioso culto, los modelos de la iglesia hechos por Sangallo y por Buonarroti, y un *facsimil*, en madera, de la Cátedra de San Pedro.

Desde la plataforma de las cúpulas se goza del espectáculo hermoso que presenta la plaza de San Pedro, y se puede pasar, prosiguiendo la ascensión, á la galería interior que domina los ámbitos de la Basílica: el efecto que produce no se puede expresar, no se presta humanamente á la descripción. Los ojos vacilan entre dos inmensidades: el abismo si se bajan, la Cúpula si se elevan; allí es donde se completa la idea de la magnitud del templo; desde allí nadie dirige la mirada á lo profundo sin sentir verdadero terror: siete pies tiene de anchura aquella cenefa circular, y sin embargo, mirada desde la balaustrada de la *Confesión*, apenas si parece resaltar del muro.

Un paseo por las alturas del templo Vaticano inspiró á nuestro compatriota, el ilustre Pacheco, la página más bella de su hermoso libro *Italia*. «Todo el campo de Roma, dice el docto maestro, desde el mar á las montañas de la Sabina, desde el lago de Bracciano hasta Velletri, se dilata y extiende á vuestros pies. Toda la historia de los cuatro primeros siglos de la gran ciudad, todas las ruinas de la república y del imperio vendrán á erguirse y á colocarse en tropel á vuestra vista. Roma entera, con sus despojos inmortales, y más allá de Roma, por todos lados, esa desolación universal que, como un inmenso sudario, la ciñe y la comprime en su sepulcro. Por la Vía Appia hasta Albano, con sus esqueletos de acueductos y su calle sembrada de tumbas; más allá Genzano, Lavinia y las selvas

de Nettuno y de Porto d'Anzio, primitivas moradas de los latinos y de los rútu-los; á la izquierda, Túsculo, hoy Frascati; Preneste, Tibur, hoy Tiboli; el país de los volscos y las grandes minas de la *Villa Adriana*, una maravilla del arte imperial; después la corriente del bajo Tíber, que se arrastra turbio y perezoso por aquellos campos de sombras y de recuerdos, hasta perderse en los salitrosos arenales de Fiumicino, en los bancos de Ostia.»

Desde aquella altura, en que los ojos de la materia descubren campos inmensos, montañas, valles, y en último término, el mar, los ojos del espíritu recorren con maravillosa rapidez del pensamiento las páginas de un libro que encierra la historia de la humanidad en una larga serie de siglos. Aquella altura domina todo un mundo de sucesos, de ideas y de esperanzas. Por allí debajo han pasado pueblos y razas que dejaron indeleble huella en su camino; por allí los reyes, y los decenviros, y los tribunos, y los cónsules, y los pretores, y los ediles: allí fué el más poderoso imperio de la tierra. Aún se ven los magníficos restos del gran caudal que atesoraron los ideales: se ven las ruinas del Circo y la Cloaca Máxima, que publican la grandeza de la antigua monarquía, así como las diversas líneas de acueductos y las imponentes ruinas del Foro y la cumbre del Capitolio, que recuerdan la preponderancia de la república; y los arcos de triunfo, y la redonda mole del Panteón, y los jardines solitarios del Palatino, y la elipse gigantesca del Anfiteatro Flavio, testimonios del poderío imperial. Por aquella vía hicieron su entrada triunfal las legiones que destruyeron á Cartago; al pie del Capitolio pasaron la última noche de su cautiverio San Pedro y San Pablo; debajo de la llanura que á uno y otro lado del Tíber domina la vista del espectador, hay una silenciosa ciudad que habitaron en remo-

tos siglos las primeras generaciones cristianas. ¡Qué riqueza de recuerdos y qué halagüeñas esperanzas!

TEATRO REAL.

El regio coliseo ha terminado la temporada.

Aquí, para nosotros, ahora que los cantantes no me oyen, ni yo los oigo á ellos, ¿no es cierto que la última campaña ha sido de lo peor, de lo peorcito que se pudiera haber presumido?

No se empeñen en demostrar lo contrario los numerosos admiradores de Gayarre, porque, aparte de la media docena de romanzas que han podido escucharle, poco, muy poco es lo que ha producido algún entusiasmo en las 120 funciones que se han dado al público durante el invierno.

El *Elixir d' amore*, última ópera de las 21 que se han puesto en escena, ha sido también la última demostración de que en aquel escenario está autorizada la salida de todo cantante que reúna buenas condiciones para resistir la indiferencia ó las protestas del público, por más que éste, dicho sea de paso, también va perdiendo los papeles á medida que la empresa, año tras año, ha ido subiendo el precio de las localidades y poniendo con más frecuencia en la taquilla del despacho el consabido cartelito de *No hay billetes*.

De otro modo, ¿se hubiera podido escuchar con indiferencia á un tenor como De Lucía, que toda la noche estuvo un cuarto de tono bajo, sin conseguir, á pesar de todo su dolor, otra cosa que molestar los oídos con una serie interminable de tirolesas, muy delicadas, muy sentidas, muy apasionadas, muy irremovidas, pero muy propias para cantadas en una pequeña sala ó en un reducido despacho, donde pudieran justificarse aquellos cambios de voz ó de tubo por la proximidad de un enfermo?

Por encima de todo esto está el elevado juicio que de ellos mismos forman los cantantes de hoy, y así es que en la primera tirolesa ó cavatina de tenor *Quanto e bella*,

quanto e cara, que aplaudió la *claque* unos cinco segundos, el Sr. De Lucía continuó dando las gracias media hora más de lo que el aplauso había durado; tal era su convencimiento del primor con que lo cantara.

Eso sí, la cantó á toda voz, porque cuando no se pasa del *sol* natural, ni es necesario andar con dulzuras, ni melosas notas, ni cantos de pajarillos, ni demás filigranas con que hoy nos dejan pasmados los tenores de la época, ó por lo menos, los que pasan por notabilidades en el teatro Real.

No quiero hablar de la romanza del último acto *Una furtiva lágrima*.

Ya sé que hay quien la hubiera cantado peor que De Lucía: yo, por ejemplo, y algún otro revistero de los que cantan... en la mano.

En fin, repito que no quiero hablar de ella, porque pudieran figurarse que soy massinista á dos puños, los que hasta ahora no se lo hayan figurado.

Ya procuraré demostrar, si Dios, la empresa y Massini me lo permiten, que mi juicio, respecto á los cantantes es tan ajeno á toda pasión, como escasa es la importancia que ellos dan á mis escritos, y basta de yo y de no yo.

Continuemos con el *Elixir* que nos dieron para apagar las ilusiones que pudimos hacernos con el repertorio anunciado al empezar la temporada.

La Srta. De-Vere.

Cualquiera sabe, cualquiera analiza las condiciones ó las facultades de esta artista.

La Patti no hace una escala ni otros pasajes de ejecución con más limpieza y agilidad que la De-Vere.

En algunos momentos, su afinación es exacta.

Las notas en el registro agudo, dulcísimas; pero ¡¡ay Dios mío de mi alma!! en cuanto se descompone, es capaz de descomponer y desorientar al crítico de más recto y severo juicio.

En toda su parte de Adina tuvo al público más en su favor que en contra.

Los aplausos que le prodigó, en algunos tiempos, fueron justificados, sobre todo en el aria final y duo con Nemorino. Sin em-

bargo, su manera de cantar y su notable desigualdad, tal vez corregible, no puede satisfacer á nadie, en óperas como *L' Elixir d' amore*, y mucho menos en un teatro tan caro y de tanta importancia como el Real.

El Sr. Baldelli hizo un Dulcamara más aceptable en el canto que en la parte cómica, por más que, al parecer, no se encontraba bien de voz.

La noche de su beneficio me confirmé en la opinión de que Baldelli es un gran artista, mas no un gran caricato.

La misión de este papel se halla más sujeta al recitado y á la mímica que á la parte melódica, por decirlo así, y Baldelli se encuentra más amigo del canto que de lo demás.

Su *Stornello* lo dijo de mil maneras y todas á cual mejor.

Claro, como es suyo, puede hacer con él lo que se le antoje: por eso regaló al público infinitos ejemplares, de los cuales ni uno siquiera pudo llegar á mis manos.

Battistini estuvo bien, á pesar de que no tenía motivos para ello.

Siento muchísimo que el sable de sargento no lo sacase á escena en dos pedazos.

Los coros no sé si seguían á la orquesta, ó la orquesta á los coros.

Presumo que varios de mis lectores dirán para sus adentros, ó mejor dicho, preguntarán:—¿Quién habrá sido bueno en la última temporada para *Flautín*?

Pues el director número... vaya V. á saber la clasificación que le corresponde al que la empresa anunció en último lugar y ha concluído sin el más pequeño desliz.

Lo único que ha habido bueno de telón adentro, ha sido el director de coros, y pregunténle Vds. lo que le sucedió á última hora.

El fagot aplaudidísimo en el solo de la última romanza.

Se necesita tocar muy bien el fagot para que al fagot lo aplaudan, pues se ha visto que no siendo tenor... No puedo continuar: hablaremos otro día.

FLAUTÍN.

TEATRO DE LA PRINCESA.

Clases de adorno, comedia en tres actos y en prosa del Sr. Sánchez Pérez.

Créanos el Sr. Sánchez Pérez: *Clases de adorno*, como obra dramática, vale muy poco.

¿Cuál es allí el pensamiento capital? Ninguno: el pensamiento capital se quedó *in mente*; en la obra, lo que menos importa son las *clases de adorno*. La comedia del Sr. Sánchez Pérez no es una *combinación*, sino una *mezcla* de escenas.

El autor de *Clases de adorno*, que es un escritor castizo, podrá escribir, si quiere, muy buenas comedias; pero á la que se estrenó en la Princesa le falta mucho para serlo.

Allí no hay un personaje que interese: todos hablan bien; algunos se permiten ser chistosos; otros, como la profesora de piano, se exceden por su afectación declamatoria; el mismo Mario se declara protectionista, y nos presenta á *Barcelona* como emporio de todo lo bueno y de todo lo... Vaya, Sr. Sánchez Pérez, si V. logra que la comedia *se haga* en el Principado, no han de faltarle aplausos.

Bien nos puso V. á los españoles, señor Sánchez Pérez: no, y la verdad es que lo merecemos; pero esté V. seguro de que con su comedia no nos hemos de corregir.

Deje V. á las señoritas con su manía de enterarse de todo: es manía inseparable é incorregible del bello sexo; deje V. que chapurreen el francés, que arañen el teclado y que *se pinten solas*, para profanar el arte de Rafael y Murillo: manos blancas no ofenden; cuidémonos los hombres de regenerar el teatro, y no caigamos por ligereza en los defectos que combatimos.

V., que escribe muy bien, y que tiene talento, escriba comedias mejor que *Clases de adorno*, y suéltele V. un *palo* al lucero del alba, si se le ocurre algún día no amanecer á punto por el Oriente.

Fué lástima grande que aquella prosa tan correcta y tan expresiva no vistiese á un argumento del interés que le correspondía, porque, en honor á la verdad, confesamos

que hubo momentos en que logró interesarnos el autor.

Tal vez el inesperado golpe de fortuna que amaga á algunos de los personajes de la comedia, nos pareció usado é inútil; y con esta ocasión aseguramos á los autores que los cambios de fortuna tan naturales y temidos en el mundo real, no resultan de efecto en la escena, siempre que el autor no logra interesarnos con sus personajes.

Hay dos caminos: las comedias de carácter y las comedias de enredo; ninguno de ellos ha seguido el Sr. Sánchez Pérez, y por eso la acción no se define bien, ni se destaca ningún personaje.

Así es como se explica que la Mendoza Tenorio no arrancase un aplauso, y la Guerra no hiciese reír sino en dos ocasiones.

Mario fué el único que, esforzando su genio de artista, tuvo ocasión de oír palmas; y Sánchez de León, que se portó como sabe, vió desvanecerse sus esfuerzos en la niebla que envolvía su papel.

Rossell dice algunos chistes.

Sr. Somoza: sea V. más natural en escena; tiene V. condiciones, y valdrá si deja esa afectación de mirada y de actitud, que nos hace recordar que estamos viendo una comedia.

*
*
*

BENEFICIO DEL SEÑOR SÁNCHEZ DE LEÓN, Y DESPEDIDA DE LA COMPAÑÍA DEL TEATRO DE LA PRINCESA.

Con el beneficio del Sr. Sánchez de León, se despidió la compañía que tan dignamente dirige Emilio Mario.

Fuerza es que nosotros, honrados y entusiastas, si no ilustres campeones del arte, entonemos himno de alabanzas merecidas y conquistadas por una compañía que refleja en la unidad de su variedad el genio que sobra á su director, tan digno caballero como actor, tan digno actor como caballero.

En algún teatro *de real y medio la pieza* podrán representarse *revistillas*, en donde la *musa vergonzante* de algún autor pretenda ridiculizar y motejar de afrancesada la campaña que ha hecho en la Princesa Mario; pero ténganse en cuenta dos cosas: pri-

mera, que Emilio Mario representa en su coliseo obras francesas, porque no tiene otra cosa que representar; y segunda, que con seguridad el revistero que se atreve á motejar de afrancesado el teatro de la Princesa, habrá infestado el teatro de arreglos, versiones y disparates franceses.

Bien es cierto que ciertas cuchufetas no lograrán ser otra cosa que cuchufetas, y por eso Mario y sus admiradores pueden reírse de ellas.

Esperamos el año que viene al Sr. Mario en la Comedia, que, como nido abandonado por sus pájaros queridos, comenzaba á enfriarse y amenazaba destruirse, si no llegaban á tiempo sus predilectos habitantes con nuevas ramas de laurel que le prestase resistencia y lo embelleciese.

Los verdaderos autores cómicos ya saben su obligación: Mario espera sus producciones, y tendrá ocasión de convencer á todos de que, además de amor al arte, tiene amor á la patria.

El Guapo rondeño es una comedia de Eusebio Blasco, que ya conocen nuestros lectores: en ella Enrique Sánchez de León demuestra lo que vale; el día de su beneficio esforzose para merecer aplausos, y los consiguió tan justos, que tenga por seguro no fueron los aplausos de la amistad, sino los del merecimiento.

Reciba nuestro pláceme. Estuvo como siempre en la imitación italiana.

Su agraciada esposa, la Sra. Lamadrid, superior en los tangos: tiene muchísima gracia, pero remuchísima.

Romea cantó unos *couplets sabrosos*.

Y Rossell tocó el fagot... y nos hizo reír.

P. LUSA.

PRÍNCIPE ALFONSO.

—¿Qué tal, amigo mío?

—Perfectamente.

—Lo mismo podrá decir la Sociedad de Conciertos.

—Ayer estaban ya vendidas todas las localidades.

—Este Madrid no se cansa de oír música.

—Sobre todo, si es buena.

—Sin embargo, algunas veces se equivoca, y oye la mala también con entusiasmo.

—No estoy conforme.

—¿Con la mala música?

—No, con que produzca entusiasmo.

—Pues ahí tiene V. esa infinidad de zarzuelas cuyos insulsos motivos se han hecho tan populares con perjuicio del buen oído y del buen sentido.

—Diga V. lo que quiera: cuando tanto gustan, algo bueno tendrán que ni V. ni yo haríamos.

—Hombre, eso...

—Nada, nada: si V. cree que esas zarzuelas no tienen valor alguno, manos á la obra y pronto dejará V. de oír los conciertos en el paseo ó en la peseta, lo cual tiene poco de agradable, ó por lo menos, es poco cómodo.

—Le diré á V....

—Sí, sí; decir es fácil, pero escribir música agradable es difícil, aunque ésta no tenga pretensiones.

—¿Es decir, que para V. todo lo que gusta es bueno?

—No, señor; ni tampoco lo que deja de gustar es malo.

—¿Y entonces?

—Es vasto el campo para la discusión.

—¿Quiere V. que nos vayamos al otro extremo?

—¿Pues?

—Porque tengo detrás de mí al casero.

—Y qué ¿se le ha olvidado á V...?

—Cá, no se me va de la memoria desde hace seis meses.

—Pues deduzco que á él le sucederá lo mismo.

—Desgraciadamente.

—¡Por Dios, que me ha pisado V.!

—Sí creí que se acercaba.

—Vámonos, pues, á otra parte.

—V. perdone.

—Más falta hacía que le perdonase á V. el casero.

—¡Ay, amigo mío! Un casero no perdona nunca.

—Oigamos. Obertura sobre motivos del *Stabat Mater*, de Rossini... muy bien. Mercadante no era un músico inspirado, pero sí un compositor profundo, y todo lo que ha

escrito está perfectamente instrumentado.

—Melodía *Du bist die Ruhé*, de Schubert...

—Lindísima.

—Desearía que la repitiesen.

—¡Por favor, que no le oigan á V.!

—Momento musical de Schubert, también instrumentado por Bretón...

—Sublime, encantador, poético, sencillo y corto.

—Sí, sí, que lo repitan... bravo, muy bien.

—*Septimino*, de Beethoven...

—Esto no me cansaría jamás de oírlo.

—Pues si á V. le parece, pueden repetir todos los números hasta que los profesores no puedan con su alma. ¿Le parece á V. poco la repetición del *scherzo* y del último andante?

—Diga V., ¿qué quiere decir *scherzo*?

—¿No lo sabe V.?

—No.

—Ni yo tampoco.

—Esto es un portento. Beethoven no debió sentir más pasión que la de la música.

—No lo crea V. Beethoven, como todo mortal, amén de otras pasiones, sintió la del amor con la misma fuerza y el mismo entusiasmo que le animaba á escribir sus prodigiosas composiciones.

—Oiga V. algunos párrafos de las cartas que dirigía á su adorada Julia: «*Angel mío, mi todo, mi yo*. Pocas palabras por hoy, y aun esas con lápiz (con el tuyo). Hasta mañana no quedará definitivamente arreglada mi habitación. ¡¡Qué pasatiempos tan inútiles estos! ¿Pero á qué darnos este profundo pesar por cosas á que la necesidad nos obliga? ¿Puede nuestro amor consistir en otra cosa, ni alcanzarse plenamente sino á costa de sacrificios? ¿Comprendes tú que haya poder capaz de impedir que tú seas mía y yo tuyo?..»

»Me parece que nos veremos muy pronto. No puedo por hoy comunicarte las observaciones que de algunos días á esta parte hago sobre mi vida; mas si nuestros corazones estuviesen ya íntimamente unidos, creo que no existiría otra semejante á ella. Mi corazón rebosa de tal modo las ideas que quiero expresar, que hay momentos en

que creo que la lengua no sirve absolutamente para nada. Sé mi fiel y único tesoro, mi todo, en fin, como yo lo soy para ti, y déjale á Dios el resto, que Él hará que nos suceda lo que debe sucedernos, lo que no puede dejar de suceder.»

—¿Qué le parece á V.?

—Que mucho debió amar quien así se expresa.

—Oigamos la segunda parte. Concierto para violín, de H. Wieniawski...

—Muy bien instrumentado: Sarasate ha hecho prodigios.

—Lo comprendo, pero no me ha satisfecho.

—Será V. demasiado español.

—Lo mismo que V.

—No discutamos: adelante. *Jesús de Nazareth*...

—Eso se llama hablar á Dios. ¿Pero lo van á repetir? ¡¡Qué atrocidad!!...

—Fantasía para violín sobre motivos de la ópera *Carmen*.

—Demasiado española me parece.

—Como que el argumento de la ópera se desarrolla en España: bien, bravo, sublime, estupenda...

—¡La jota!

—¡Un zortzico!

—¡La muñeira!

—No, no: la gallegada.

—Pero, diga V., ¿éste es el público que oía con religioso silencio el *Septimino*, de Beethoven?

—¡Cómo ha de ser! Las muchedumbres son irreflexivas, dice un amigo mío.

—¿Quiere V. que nos vayamos?

—Andando.

—Por ahí no, que está el casero.

—¡¡Quién pudiera ser otro tanto!!

FLAUTÍN.

TEATROS.

REAL.

Según dicen personas que, por lo general, suelen estar bien informadas, el alto personal que actuará en este coliseo la temporada próxima, se compone de los siguientes:

Sras. Kupfer, Pasqua, Gárgano, Pérez y De-Vere.

Tenores: Stagno, Tamagno y De Lucía.

Barítonos: Maurel y Blanchard.

Bajos: Uetam, Silvestri y Beltramo.

Directores: Mancinelli y Pérez.

Y aquí tocando el registro, cierro la lista á mi modo diciendo: «Dios sobre todo,» ó «sobre todo, el Ministro.»

LISBOA.

La fusión ibérica que no pudo hacerse por los procedimientos que quería el eminente estadista D. Salustiano Olózaga, puede hacerse muy fácilmente por la *flamencomanía*. Nuestros vecinos, que nos han tratado casi siempre como si fuéramos peor que los *ingleses*, se entusiasman cuando oyen nuestros aires populares.

Hace muy pocos días se celebró un concierto matutino, en que tomaron parte los principales artistas de la ópera, predominando la música típica de la tierra de *María Santísima*. La Srta. Theodorini cantó la famosa habanera de Iradier titulada *La paloma*, y unas malagueñas, con que arrebató al elegante y numeroso público que concurrió al concierto; el tenor Valero unas *peteneras* y otras canciones del *cante flamenco*, que les volvió locos.

El Correo de la Mañana da cuenta en esta forma: «En Lisboa no se había oído nunca cantar la música española con la originalísima y picante gracia como la cantó la Theodorini; bien es verdad que no hay artista que pueda competir con ella en el conocimiento del arte y que tenga tan superior talento.

»Una cosa hemos oído y que deseamos ver realizada. Dícese que para su beneficio, que será con *Il barbiere di Siviglia*, cantará, en vez de las variaciones de *Proch*, unas canciones españolas. También hemos oído decir que canta mejor que la Judic los *couplets* de *Nitonch*: si tal sucede, creemos que su beneficio será el acontecimiento de la temporada.»

Esta notable artista tiene su *día de moda* á la semana en que recibe en su casa, y puede decir con orgullo que allí va la *hig*

life lisbonense, donde se pasa la noche agradabilísimamente *haciendo* música ó discreteando sobre los sucesos del día, tanto de arte como de la cosa pública. Pocas artistas pueden contar igual número de amigos, y muy pocos son los que pueden ostentar tanta prueba de afecto y consideración como diariamente recibe esta bella cantante.

VARIEDADES.

BANCO DE CASTILLA.

La Administración de este Banco ha acordado que la Junta general ordinaria correspondiente al ejercicio de 1886, se celebre en el domicilio social (Infantas, 31), el miércoles 27 del corriente mes de Abril, á las diez y media de la mañana.

Tendrán derecho de asistencia, conforme determina el art. 22 de los Estatutos, los que posean cien ó más acciones. Para ejercitar este derecho, habrán de depositar sus acciones antes del día 23 del citado mes de Abril, en las cajas del Banco, en Madrid; en las del Banco Hispano-Colonial, en Barcelona, y en casa de los Sres. C. Jacquet y Compañía, de Bilbao, en dicha ciudad.

En vista de los resguardos de depósitos, se expedirán á los interesados las tarjetas personales de asistencia.

Los señores accionistas que tengan ya depositadas sus acciones en número suficiente en las cajas del Banco de Castilla, podrán recoger las papeletas de entrada hasta las tres de la tarde del día 26 del expresado mes de Abril, con sólo presentar sus respectivos resguardos de depósito.

Los que no concurran personalmente, sólo podrán ser representados por un socio que tenga derecho de asistencia, siempre que la autorización oportuna haya sido presentada en la Secretaría del Banco antes del día de la celebración de la Junta.

Madrid 4 de Abril de 1887.—Por acuerdo de la Administración: el Secretario, Ricardo Sepúlveda.

CRÉDITO GENERAL DE FERROCARRILES.

El Consejo de Administración de esta Sociedad ha resuelto que el día 3 de Mayo próximo se efectúe por los señores accionistas el pago de un dividendo de 25 pesetas por cada acción, de acuerdo para todos los efectos con lo prevenido en los Estatutos.

El pago se realizará en Madrid, en el Banco de Castilla, banquero de la Sociedad; en Barcelona, en el Banco Hispano-Colonial, y en Bilbao, en casa de los señores C. Jacquet y Compañía, estampándose

el cajetín correspondiente en los valores.

Verificado dicho pago, procederá el Consejo á cumplir el acuerdo tomado por la Junta general extraordinaria celebrada el día 28 de Febrero próximo pasado sobre reducción del capital social, y avisará oportunamente los días en que tenga lugar el canje de valores.

Madrid 29 de Marzo de 1887.—El Administrador-Delegado, J. Angoloti.

Han quedado de reemplazo los músicos mayores de Otumba, Las Navas y Mérida, Sres. Pérez, Llanos y Salvador, y han cubierto sus respectivas plazas los señores Sánchez Sales, Loma Vayán y González Rivalta, alta y baja del actual mes de Abril.

CORRESPONDENCIA.

D. F. P., Garellano.—Bilbao.—Se le remiten puntualmente todos los números á la casa donde V. vive, Arenal, 26.

D. V. M., Príncipe.—Palencia.—Recibido el importe del segundo trimestre.

D. M. G., Canarias.—Alcalá de Henares.—Recibido el importe del segundo trimestre. El mucho original nos ha impedido publicar su polka; se la remitiré para que la ponga en diez.

D. J. C., Cuba.—Málaga.—Recibido el importe del segundo trimestre, y hecho el cambio de dirección.

D. J. F., Llerena.—Vitoria.—Recibido el importe del segundo trimestre. Siento no ser de la opinión de V. En la aclaración del núm. 15 lo explicaba bien. Ya sabe V. el modismo francés: *El nombre no hace la cosa*. Además, que no hay alteración alguna sustancial; al contrario, esperamos, con algún fundamento, que las nuevas é importantes reformas de guerra les serán muy beneficiosas, gracias á la propaganda que hacemos y á aquello de *á Dios rogando y con el mazo dando*.

D. P. G.—Valdemoro.—Recibido en sellos el importe que faltaba para pago de los dos trimestres.

D. J. R.—Sanlúcar de Barrameda.—Recibido el importe para el segundo trimestre.

Desde el número próximo remitiremos la Revista á Sevilla.

NOTA BENE.

En el número próximo publicaremos la *Gavota*, del maestro Roig, que no hemos podido hacer antes por la extensión del *Ofertorio*.

Suplicamos á los suscritores de provincias que salden sus cuentas antes del día 14, pues de no hacerlo, bien á pesar nuestro nos veríamos precisados á suspender el envío de la Revista.

MADRID

IMPRESA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO,
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8.—Teléfono núm. 13.
1887.

LA ESPAÑA

REVISTA POLÍTICO-ARTÍSTICA LITERARIA

DIRECTOR: D. MANUEL GONZÁLEZ ARACO.

Se publica los días 7, 14, 21 y 28 de cada mes.

ADEMÁS DE LAS DIEZ Y SEIS PÁGINAS DE CADA NÚMERO, ACOMPAÑA UNA PIEZA DE MÚSICA INSTRUMENTADA, UNA VEZ PARA BANDA Y OTRA PARA PIANO.

Consagrada á la propaganda de la Literatura y Bellas Artes, no han de quedar en olvido las Ciencias, y mucho más aquéllas que tienden á proporcionar algún beneficio á nuestros semejantes.

Se suscribe en la Administración, calle del Espejo, 9 y 11, principal derecha.

SERVICIOS

DE LA

COMPañÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA.

VAPORES CORREOS Á PUERTO-RICO Y HABANA

CON ESCALAS Y EXTENSIÓN Á

LAS PALMAS, PUERTOS DE LAS ANTILLAS, VERACRUZ Y PACÍFICO.

SALIDAS TRIMESTRALES DE

Barcelona, el 5; Málaga, el 7, y Cádiz, el 10 de cada mes, para Palmas, Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Santander, el 20; Coruña, el 24, para Puerto-Rico, Habana y Veracruz.

Barcelona, el 25; Málaga, el 27, y Cádiz, el 30, para Puerto-Rico, con extensión á Mayáguéz y Ponce; y para Habana, con extensión á Santiago, Gibara y Nuevitas, así como á la Guaira, Puerto Cabello, Sabanilla, Cartagena, Colón y puertos del Pacífico, hacia Norte y Sud de Istmo.

Viajes del mes de Marzo de 1887.

El 10, de Cádiz, el vapor *Isla de Cebú*; el 20, de Santander, el *Cataluña*; el 30, de Cádiz, *Ciudad de Santander*.

VAPORES CORREOS Á MANILA

CON ESCALAS EN

PORT-SAID Y SINGAPOORE, Y SERVICIO A ILOILO Y CEBÚ.

SALIDAS MENSUALES DE

Liverpool, 45; Coruña, 17; Vigo, 18; Cartagena, 23; Valencia, 26, y Barcelona, 1.º fijamente de cada mes.

El vapor *San Ignacio de Loyola* saldrá de Barcelona el 1.º de Abril.

Todos estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebaja á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebaja por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana y jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

Para más informes, en

BARCELONA: La Compañía Trasatlántica, Sres. Ripol y Compañía, Plaza de Palacio.—CÁDIZ: Delegación de la Compañía Trasatlántica.—MADRID: D. Julián Moreno, Alcalá.—LIVERPOOL: Señores Larrinaga y Compañía.—SANTANDER: Angel B. Pérez y Compañía.—CORUÑA: D. E. da Guarda.—VIGO: D. R. Carreras Irragorri.—CARTAGENA: Bosch, hermanos.—VALENCIA: Dart y Compañía.—MANILA: Sr. Administrador general de la Compañía.

This page contains six systems of musical notation for a piano piece. Each system consists of a grand staff with a treble clef on the upper staff and a bass clef on the lower staff. The notation includes various rhythmic values, accidentals, and phrasing slurs. Dynamic markings such as *ff*, *dim.*, and *Con.* are present. A tempo marking *Tempo 1^o* appears in the fifth system. The piece concludes with a double bar line at the end of the sixth system.